

## Un fino velo negro: la muerte y los escritos de Rafael Barrett

---

SCOTT MACDONALD FRAME  
*Universidad de Salford*

Rafael Barrett, escritor de relatos, ensayista y filósofo prácticamente ignorado durante mucho tiempo, ha recuperado en los últimos años su merecido reconocimiento entre los estudios de la filosofía y la literatura de toda América y Europa. En las universidades de París<sup>1</sup>, Salamanca<sup>2</sup> y en la Complutense de Madrid<sup>3</sup>, se han defendido varias tesis doctorales en las que se pone de manifiesto la importante contribución de Rafael Barrett a una amplia gama de disciplinas. Sus pronunciadas ideas sobre la conservación ecológica se consideran ahora muy avanzadas para su época, y su influyente trabajo "Lo que son los yerbales paraguayos" (publicado en Montevideo en 1910) constituye una denuncia tan grave de los problemas aún no resueltos de la reforma agraria del siglo XX, que fue traducido al italiano ("Cosa sono gli Yerbales") en la reciente fecha de 1979. El hecho de que Barrett muriera en 1910 no impide que fuera un modernista en el sentido más estricto de la palabra; un pensador que incorpora la filosofía del cambio y del positivismo al individualismo radical del artista. Barrett, reclamado como hijo pródigo en cuatro países, fue venerado y temido por sus contemporáneos debido a su abierta crítica al poder institucional y al abuso de los derechos humanos a finales del siglo pasado.

Rafael Barrett es también uno de los enigmas literarios más duraderos en Latinoamérica, un personaje envuelto en un halo de misterio en su nacimiento,

<sup>1</sup> Chartrain, Francois: *L'eglise et les parties dans la vie politique du Paraguay depuis l'indépendence*, Université du Paris, 1968.

<sup>2</sup> Granjel, Luis J.: *Maestros y amigos de la generación del 98*, Universidad de Salamanca, 1981.

<sup>3</sup> Francisco Corral Sánchez-Cabezudo. *Vida y pensamientos de Rafael Barrett*, Universidad Complutense de Madrid, 1991.

vida y muerte. Por ejemplo, su apartado en el *Oxford Companion to Spanish Literature*<sup>4</sup> se encuentra incompleto; también, en cierta ocasión en el año 1902 apareció misteriosamente en los periódicos madrileños como supuesta víctima de un suicidio<sup>5</sup>, y ahora se encuentra enterrado en una fosa común desconocida en algún lugar cerca de Arcachon, Francia. A pesar de todo, lo que sí que ha permanecido son sus obras, aunque incluso las de su época más productiva, entre 1907 y 1910, aparecen en repetidas ocasiones mal documentadas. Lo que se sabe a ciencia cierta es que también esos años corresponden a la lucha que Barrett emprendió en vano contra los estragos de la tuberculosis. Este ensayo tratará de considerar este hecho, además de analizar cómo los escritos de Barrett reflejan fielmente la noción de su propia muerte inminente. Primero trataré de esbozar brevemente el desarrollo psicológico temprano de Barrett y el impacto que tuvo sobre él como escritor, para luego pasar a discutir su posterior estilo en el tratamiento de temas y la evidencia directa del tema de la muerte en gran número de sus obras de mayor reconocimiento.

Tal vez un aspecto interesante con el que comenzar mi discusión sobre Rafael Barrett sea el misterio que rodea a sus verdaderas raíces. Este tema ha dado lugar a dilatadas discusiones debido a la existencia de una serie de versiones críticas muy confusas sobre el lugar geográfico de su nacimiento, las cuales a menudo resultan más pintorescas que basadas en hechos reales. La referencia más temprana a Algeciras como lugar de nacimiento de Barrett hecha por Armando Donoso<sup>6</sup> en 1923 intentaba, sin duda, crear un aura místico alrededor de un autor que gozaba de bastante popularidad en su época, pero esto fue reeditado en tantas ocasiones que llegó a ser aceptado como cierto. Esta versión no fue cuestionada hasta 1931, cuando Carmelo Bonet<sup>7</sup> declara a Barrett "un escritor argelino", y es desafiado más de medio siglo después por Federico Carlos Sains de Robles<sup>8</sup>, quien le atribuye orígenes argentinos. Aunque esto pueda demostrar un cierto interés continuado por la figura de Barrett como filósofo y escritor, lo cierto es que hasta en una fecha tan cercana como 1985<sup>9</sup> aparece como escritor catalán en el libro de Zubizarreta titulado *Cien Vidas Paraguayas*, reapareciendo sólo un año después en otra publicación como escritor asturiano<sup>10</sup>. Estas y otras biografías críticas de Barrett han contribuido muy poco a disipar la confusión que rodea a los orígenes del autor.

<sup>4</sup> Philip Ward. *The Oxford Companion to Spanish Literature*, Clarendon Press, Oxford, 1978, p. 51.

<sup>5</sup> Ejemplos aparecidos en *La Época* de 16 de noviembre y *El Heraldo de Madrid*, *El Imparcial*, *El Correo Español* de 17 del mismo mes.

<sup>6</sup> Donoso, Armando, *Prefacio de Páginas Dispersas*, Montevideo, 1923, p. 33.

<sup>7</sup> Bonet, Carmelo, prólogo a la obra de Ernesto Herrera's, *Su Majestad el hambre*, Montevideo. 2.<sup>a</sup> edición, 1931.

<sup>8</sup> Federico Carlos Sains de Robles. *Diccionario de la Literatura: Escritores españoles y americanos*, 2.<sup>a</sup> edición, Aguilar, Madrid, 1973, p. 127.

<sup>9</sup> Zubizarreta, Carlos. *Cien vidas Paraguayas*, Aravera, Asunción, 1985, p. 249.

<sup>10</sup> Galeano, Eduardo. *Memoria de Fuego, III. El siglo de viento, Siglo XXI*, Madrid, 1986, p. 16.

Según se sabe ahora, gracias a la documentación existente encontrada por Sánchez Cabezudo<sup>11</sup>, el nacimiento de Rafael Ángel Jorge Julián Barrett y Álvarez de Toledo aparece registrado en Torrelavega (Cantabria) el 7 de enero de 1876, como el segundo hijo de un matrimonio mixto entre un súbdito británico procedente de Coventry y su esposa española de Villafranca del Bierzo, provincia de León. De otras fuentes personales se puede deducir también que su familia se desplazaba a menudo entre España, Francia e Inglaterra y que desde edad muy temprana Barrett sabía hablar y leer en los tres idiomas nacionales correspondientes con un alto grado de fluidez. Sin duda, el hecho de que Ra-fael Barrett naciera en España de padre extranjero le tuvo que diferenciar del resto de los niños y, aunque inevitablemente pudiera verse influido por su ascendencia inglesa, es evidente que al madurar se volvió un tanto anglófono<sup>12</sup>. En fotografías de la familia Barrett de la época en que su padre trabajaba en Torrelavega como representante económico para la Corona Británica, Rafael aparece como un adolescente pequeño, delgado y enfermizo, y aunque la vida un tanto privilegiada y protegida que llevaba le brindara oportunidades para convertirse en un estudiante ejemplar, según unas cartas privadas entre sus parientes, la familia Barrett temía que la débil constitución y falta de dinamismo de Rafael le mantuvieran alejado de la universidad. La tensa relación que mantuvo con su padre, hombre taciturno y crítico en exceso, junto con el tormento psicológico que sufrió a la muerte de éste en 1896, se convirtieron en los primeros incidentes de la identificación de Barrett con el sufrimiento personal y la angustia mental que le acompañarían ya para el resto de su vida.

Cuando Rafael comenzó su carrera universitaria en la Escuela de Ingeniería de Madrid, se convirtió en un hombre nuevo. La muerte de su padre había resultado más terapéutica que traumática, de modo que Barrett empezó a liberarse del opresivo entorno de la clase alta propio de su familia y comenzó a introducirse en la corriente dominante en esos momentos entre la sociedad madrileña. Barrett atravesó su periodo más formativo durante esos primeros años en la universidad. El hecho de verse expuesto a aspectos de la sociedad que, como joven aristócrata protegido, nunca había visto antes, hizo que se diera cuenta concienzudamente del sufrimiento latente en el mundo. Barrett se fue rodeando de intelectuales y artistas, personas que estimulaban su propio talento creativo y que le motivaban a escribir. Este grupo también le proporcionó una visión política y social del mundo que él siempre había deseado encontrar, pero que nunca había imaginado que sería tan dinámica y satisfactoria. Barrett estaba, por fin, encontrando la paz consigo mismo y canalizando años de frustración en una visión revolucionaria y dinámica del mundo cuando

<sup>11</sup> Francisco Corral Sánchez-Cabezudo. *Vida y pensamiento de Rafael Barrett*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1991, p. 24.

<sup>12</sup> *Cartas íntimas*, Biblioteca Artigas, Colección de clásicos uruguayos, vol. 119, Montevideo, 1967 (notas de Francisca López Maiz de Barrett).

en el año 1900 murió su madre. El comienzo de siglo transformó al joven idealista en un realista amargado. Su visión del mundo, estimulada por el foco de vida bohemia madrileña, y el sentimiento de culpa por haber abandonado a su madre después de la muerte de su padre años antes, cambiaron su vida de forma radical. Por segunda vez en su corta existencia, la muerte había tomado las riendas de su destino y había vuelto a lanzar los dados del azar.

La vida de Barrett pareció haber sufrido una metamorfosis en el corto espacio de dos años. En 1902 había consumido ya toda su fortuna familiar. Las cartas privadas de sus parientes, publicadas en 1967, le mostraban como un hedonista interesado únicamente en sí mismo<sup>13</sup>, y renegaban de cualquier vínculo con él. Barret se encontraba más solo de lo que pudiera haber estado jamás y reaccionó de forma violenta a ese sentimiento inquietante de que de alguna manera había desacreditado el honor familiar. A menudo incurría en vanas amenazas a caballeros acaudalados en un intento fallido por retarles a duelo. No obstante, en la mayoría de los casos, estas amenazas no eran tomadas en serio y a menudo resultaba el blanco de chistes desagradables.

A diferencia de las amenazas personales tan ridículas que hacía en público, la prosa de Barret que empezó a aparecer por esa época era violentamente cínica y real. En los relatos cortos escritos durante este periodo de su vida, Barrett mostraba una clara preferencia por calumniar a la clase aristocrática con la que una vez se había identificado, pero que posteriormente despreciaría. Los debates polémicos a raíz de sus escritos se hicieron tan acalorados que un aristócrata llegó a acusar a Barrett y a un amigo de homosexualidad. Al no tener mucha influencia política o económica para contrarrestar esta acusación, a Barrett no se le ocurrió nada mejor que esperar al caballero en cuestión a la puerta del teatro una noche y darle una paliza con una fusta delante de todo el mundo. Este incidente, junto con la difamación que había sufrido en Madrid ese año, constituyeron los motivos fundamentales para que Barrett se marchara de Europa a Sudamérica. La siguiente ocasión en que Rafael vería Europa sería desde un sanatorio al lado del océano, en su retorno a uno de los muchos países adoptados con el fin de esperar una muerte prematura e inminente.

El continente americano serviría como telón de fondo ideal para los años más productivos de Barrett. Se había marchado a América obsesionado por la muerte de sus padres y la fortuna dilapidada, temas que se repiten constantemente en sus escritos en prosa. Sudamérica, donde Barrett escogió vivir tras su auto-exilio de España, se encontraba en ese momento en un estado de agitación total. El destino final de Barrett en Paraguay le hizo enfrentarse a más sufrimiento y experiencias directas con la muerte de lo que pudiera haber imaginado jamás. Barrett se introdujo en una revolución sangrienta y tomó partido con la facción liberal, tal y como le dictaba de forma natural la filosofía política anarquista que tenía ya tan fuertemente arraigada.

<sup>13</sup> *Cartas íntimas*, cit.

El aspecto más interesante en este respecto es el de qué lado escogió Barrett para luchar. Su decisión de tomar posiciones junto a la facción liberal en la revolución de 1904 se convirtió en una causa que después se traduciría en su propio grito de guerra literario. El pasado frustrado de este hombre floreció con su participación activa en una guerra que él adoptó como suya propia. Fue también en una de las batallas de esa misma revolución en la que Barrett sufrió una terrible caída de un caballo y fue dado por muerto. Cuando los médicos le examinaron se dieron cuenta de que se le había desplazado el corazón y le dieron sólo unos cuantos meses de vida. Si Barrett hubiera sido poeta en vez de escritor, este incidente podría haberle servido como símbolo poético; también hubiera sido el símbolo apropiado sólo dos años después, cuando Barrett se enamoró de una chica paraguaya muy despierta y de buena familia. De hecho, cuando Rafael se casó a los treinta y uno, era ya un escritor bastante conocido, se encontraba del lado de los victoriosos en una revolución de un país adoptado, y podía considerarse como un hombre con un futuro muy prometedor por delante. Cuando su hijo Alex nació al año siguiente, aparecieron artículos suyos muy directos contra los terratenientes minoritarios y contra las anacrónicas condiciones de esclavitud aún existentes en Paraguay por esa época. Se puede decir que por fin Barrett se encontraba en paz consigo mismo. No obstante, la verdad oculta tras el diagnóstico fallido hecho durante los tiempos de la revolución volvió como una obsesión: Barrett se estaba muriendo. Según un diagnóstico sobre su condición realizado durante ese mismo año, tenía tuberculosis. El año 1907 marcaría el comienzo de una muerte lenta y dolorosa a causa de la enfermedad. Solamente le quedaban cuatro años de vida cuando Barrett recibió la devastadora noticia de la muerte de su único hermano, Fernando, en Madrid. El fino velo negro se desplegó lentamente para cubrir de un modo definitivo los escritos de Rafael Barrett.

Penetrar en las obras de Barrett es una tarea difícil. Su complejo análisis psicológico y sus paradójicos bosquejos de la sociedad del momento son muy hábiles, aunque a menudo demasiado enigmáticos para ser seguidos por el lector medio. Desde el punto de vista histórico, los escritos de Barrett son una crónica de las condiciones sociales de Paraguay, tal y como aparecen descritas en "El dolor paraguayo", su obra maestra póstuma. Su formación educativa e intelectual, así como su conciencia social, le proporcionaron los instrumentos necesarios para convertirse en escritor. Sin embargo, ¿qué es lo que distingue a Barrett de otros escritores? ¿Qué es lo que le proporcionó la capacidad de capturar un sentimiento tal como el sufrimiento y ser capaz de expresarlo con tan relativa facilidad? Desde aquí sostenemos que fueron la familiaridad, el miedo y la fascinación que Barrett sentía por la muerte los que le abrieron los ojos al mundo que le rodeaba. A lo largo de este ensayo intentaremos demostrar que el uso recurrente que Barrett hacía del tema de la muerte constituía en sí mismo una especie de catarsis personal empleada por el autor con el fin de entender su propia mortalidad. Por lo tanto, sostenemos que fue la muerte la que dio vida propia a la prosa de Rafael Barrett.

El lector debe darse cuenta de que el interés de Barrett por el tema de la muerte no es algo inusual en un escritor español; de hecho, gran cantidad de autores han tratado este mismo tema de muchas maneras distintas. Sin embargo, Barrett difiere de otros escritores españoles que se han visto atraídos por el tema de la muerte en que él es lúgubre pero no pesimista. Barrett respetaba la muerte porque la veía como un misterio además de como un medio para cuestionarse la vida, por lo cual no sentía que fuera necesariamente negativa por naturaleza. Evitaba la visión obvia y simplista de la muerte como un tema morboso; Barrett nunca hace hincapié en los aspectos grotescos o macabros de la muerte. Su seducción por el tema ocurrió por necesidad y no por elección, sintiéndose obligado a entenderlo para tratar la suya propia. Así, en "El dolor paraguayo" ("Día de Difuntos") dice:

"Padecemos la sed de la sabiduría, la sed de la muerte. Ella será la maestra. Morir es comprender" (p. 8).

Sin duda alguna, los mejores años de Barrett como escritor fueron los cuatro últimos, aunque también fueron los más melancólicos. En los estudios contemporáneos más destacados sobre el autor, llevados a cabo por Francisco Corral Sánchez-Cabezudo<sup>14</sup>, se pone de manifiesto que:

"La reflexión acerca de la muerte ocupa en el pensamiento de Barrett un lugar destacable, dada su circunstancia vital marcada por la tuberculosis que acaba con su vida en 1910 y le mantiene periódicamente al borde de la muerte desde los 31 años, justamente durante la etapa más productiva de su vida" (p. 532).

Consciente de su muerte inminente, Rafael fue lentamente consolidando en sus escritos la cruda realidad a la que se veía obligado a enfrentarse. Su pasado había ejercido una poderosa influencia sobre él, de modo que la introspección se convirtió en su catalejo y sus escritos en una reflexión sobre su lucha interior contra la cuestión de su propia mortalidad. Sin embargo, gran parte del impacto que pudiera haber ejercido todo esto sobre Barrett no se perdió con la elección de vocablos. De hecho, su estilo cambia según el tema que esté tratando. Su prosa puede ser extremadamente árida o florida y épica, de modo que resulte difícil de entender para el hombre de la calle. Además, con frecuencia resultaba demasiado directo para sus lectores, un público, recordemos, que ya de por sí veía sus sólidas y firmes creencias católicas amenazadas por la pluma implacable de Barrett. A veces sus lectores se sentían más intimidados que informados.

La habilidad de Barrett para sensibilizar a sus lectores hacia los problemas pasados por alto en la sociedad de su tiempo estaba sin duda íntimamente ligada a su propia sensibilidad hacia los temas sobre los que elegía escribir. En el relato "Día de Difuntos", escrito el año después de descubrir su enfermedad ter-

<sup>15</sup> Francisco Corral Sánchez-Cabezudo. *Vida y pensamiento de Rafael Barrett, la tesis doctoral*, Universidad Complutense de Madrid, 1991, p. 24.

minal, Barrett comienza a crear una serie de historias directamente relacionadas con el tema de la muerte. "Día de Difuntos" está escrito en el estilo de relato ensayístico típicamente empleado por Barrett, un tipo de prosa periodística que utiliza gran número de imágenes, así como relato en segunda persona con el fin de crear cierto tono familiar con los lectores. Es una parodia de la celebración del día de los difuntos, que suele tener lugar en lo que la mayoría de los católicos latinoamericanos denominan "El día de Todos los Santos". Lejos de restarle importancia religiosa al día, lo que hace Barrett es cuestionar al lector sobre su habilidad para cumplir todos los rituales prescritos por la Iglesia sin verdaderamente entenderlos o interiorizarlos también en su propia vida moral. De este modo, Barrett plantea la ironía del clima festivo que se respira en la celebración en contraste con las sensibleras prácticas de luto por los difuntos que tienen lugar en cualquier otro día del año. De esta forma Barrett obtiene una respuesta subjetiva a lo que en realidad viene a ser una amarga crítica social o, dicho de otra manera, Barrett es capaz de utilizar el tema de la muerte para definir un problema social latente.

La exploración del lado más oscuro de la sociedad adquirió una importancia primordial para Barrett en sus últimos años. Se puede decir que simpatizaba profundamente con el resto de los mortales, no obstante sostenía la opinión de que la mayoría de los problemas debidos al sufrimiento no eran tanto de carácter existencial como creados por el hombre. Barrett sentía que la injusticia social era la verdadera causante del trágico fracaso del hombre en superar su naturaleza violenta y antagonista. Su pasado le había servido como escuela de injusticias sociales y fue así como Barrett llegó a vislumbrar que la absurda falta de entendimiento entre las clases se reducía a una cuestión de educación. Le asombraba tanto la incapacidad de la clase alta para entender las cuestiones fundamentales de la vida, como la de la clase baja para contemplar la magnitud de las mismas. Al tomar conciencia de su propia muerte inminente Barrett se dió cuenta de que lo único que el hombre no puede cambiar es la muerte y que la sociedad podría cambiar su destino si sus participantes se dieran cuenta de la insignificancia de sus diferencias en el orden del universo.

Es importante que entendamos que el sentido de urgencia de Barrett no se debe tanto al vacío físico íntimo que el hombre siente ante la muerte, como a la continua destrucción moral del ser humano. Quizás uno de los pocos críticos que ha entendido a Barrett completamente –pues, como ya he comentado, no hay muchos análisis críticos o investigación sobre este autor– sea Carlos Vaz Ferreira, quien en 1920 escribió que "Barrett era un escéptico por naturaleza con una necesidad urgente de que alguien probara que no estaba en lo cierto"<sup>15</sup>. Barrett tradujo todo este escepticismo a acciones, ya que necesitaba dirigirse a cada individuo para recordarnos el papel que todos tenemos que desempeñar para cambiar la sociedad en la que vivimos. Barrett utilizó el tema de la

<sup>15</sup> Francisco Corral Sánchez-Cabezudo. *Vida y pensamiento de Rafael Barrett, la tesis doctoral*, cit., p. 24.

muerte para afrontar este problema porque es un aspecto universal, común a todos los hombres y al utilizarlo podía traspasar las rígidas barreras sociales establecidas y dirigirse a la sociedad como un todo unitario. Su fascinación por la muerte es más que nada fascinación por la capacidad que tiene el hombre para trascender su propia naturaleza efímera y crear un mundo mejor. Barrett creía que estas soluciones podrían encontrarse en el espíritu de la comunidad, más que en el corazón de las máquinas.

El estilo empleado por Barrett en "Día de Difuntos" se caracteriza por la abundancia de símbolos de vida y muerte, a través de los cuales analiza la incapacidad de la sociedad para revitalizar su calidad de vida ético-moral a través del individualismo y una fuerza de carácter colectiva. Cuando Barrett emplea la palabra "muerte", se está refiriendo una vez más a la cuestión del "alma", a la capacidad del hombre para cambiar su vida a mejor sin necesidad de apoyos de ningún tipo, ya sean religiosos o gubernamentales. En un pasaje bastante cínico de "Día de Difuntos" escribe:

"escondámonos detrás de nosotros mismos, aguardemos la muerte, sin hacer nada", (p. 7).

Se puede decir que Barrett no podía aceptar un mundo estancado. Aunque muchos de sus lectores le consideraran como una especie de Casandra, su preocupación más profunda era la de hacer que el lector pensara, y más importante aún, que pusiera en práctica esos pensamientos para llevar a cabo un cambio progresivo. Así, el comienzo de "Día de Difuntos" es típico de esa forma tan peculiar con la que Barrett incitaba a sus lectores a pensar:

"...porque dudo que exista hombre ni mujer de tan mutilado entendimiento que sólo piense una vez al año en el misterio y en la necesidad de morir", (p. 6).

Como se puede apreciar por el texto, Barrett pide a sus lectores que piensen en la muerte y en sus viejas y pérfidas explicaciones sobre la misma, en un tono muy poco sosegado. Es fácil imaginar que muchos de sus lectores verían el empleo del término "necesidad" con la idea de morir como algo radical. Esto puede explicar la falta de popularidad de Barrett por aquella época entre muchos de los círculos sociales de Asunción, así como su popularidad extrema entre los intelectuales frustrados bajo el régimen opresivo del momento. Respecto al ambiente general que rodea la celebración del día de los difuntos, Barrett no siente lástima por los muertos sino más bien por las almas vivientes que van deambulando por su propia existencia sin llegar a conocer nunca la verdad de su paraíso perdido. Debido a sus experiencias pasadas, Barrett debió llegar a la conclusión de que las cuestiones relacionadas con la muerte poseen numerosas facetas; además, su condición de enfermo terminal pudo ayudarlo a considerar su propio entendimiento del tema como cierta capacidad para delinear sus posibilidades y unificarle, con el fin de encontrar un propósito mayor mientras estuviera vivo para hacerlo. Así, Barrett escribe:

“Cuanto más muertos seamos a lo que no importa, cuanto más vivos en nuestra esencia, otro tanto nos emanciparemos de la muerte y nos acercaremos a la inmortalidad”, (p. 4).

El tema de la muerte volvió a florecer de nuevo en un ensayo de “El Dolor Paraguayo” titulado “Entierros”. En él Barrett utiliza el tema de la muerte para analizar la poderosa fuerza, a menudo destructiva, que yace tras el nacionalismo. Barrett había participado en la revolución por razones ideológicas, por convicciones nacidas de su propia “búsqueda espiritual”. A su entender, el concepto de ideología era cualitativamente distinto de la idea de nacionalismo. En “Entierros” Barrett utiliza el símbolo de los muertos paraguayos como medio para que Paraguay recuerde los sacrificios pasados, así como el alto precio que hubo que pagar para al final alcanzar el *impasse* moral que, desde su punto de vista, estaba atravesando el país en ese momento. Barrett sostenía que el continuo social de Paraguay se había destruido por su propia incapacidad para establecer vínculos de familiaridad entre los ciudadanos, estableciendo así las bases para la injusticia social. Él creía que la actitud elitista de la clase alta servía para “asesinar” el espíritu visionario propio del pueblo paraguayo, al enseñarle un conjunto retorcido de principios morales y éticos. Su empleo del tema de la muerte ayudaba a ilustrar el tratamiento que estaba teniendo la cultura paraguaya por parte de aquéllos que, en gran parte, eran responsables de su mantenimiento e integridad. Durante los últimos años de vida de Barrett, el realista amargado retornó a sus raíces idealistas, con la única diferencia de que esta vez contaba con influencia suficiente para defender sus principios. Como idealista, concebía la existencia de una clase alta con una buena preparación, que fuera capaz de salvaguardar los valores más positivos del nacionalismo sin caer presa de la concentración institucionalizada de poderes. Así, escribe:

“Resucitar a los muertos de carne no sería práctico. Los herederos se guardarían muy bien de reanimar los restos de sus llorados parientes. Pero un decir “¡Levántate Lázaro!” a las onzas de oro y a las cinceladas de joyas es un sueño tentador”, (p. 106).

La riqueza de Barrett imaginaba para Paraguay no era más que un sentimiento de esperanza para un país fundido en un largo abrazo de muerte con el sufrimiento. La falta de pasión latente en el país debido a los años de gobierno opresivo quedaba plasmada en un deseo incipiente de cambio, y Barrett parecía estar en psicológica armonía con los acuciantes problemas sociales de su época. El mal que aquejaba a la sociedad se convirtió en suyo propio, sufriendo de forma personal las pésimas condiciones reinantes en Paraguay. Su deseo de alcanzar buena salud, unido al temor que sentía por la muerte, quedaron proyectados en cada fibra de sus escritos. Barrett era un hombre obsesionado con la redención de los paraguayos de fuera y, más específicamente, con la suya propia. El hecho de vivir en una nación empobrecida a nivel económico, cultural y moral pudo contribuir a intensificar su súplica; no obstante, el que su

esposa e hijo vivieran en Paraguay debió de influir definitivamente para que adoptara el tono urgente y acusador que le caracteriza.

Después de que Barrett se trasladase a Francia, mientras se encontraba en una residencia de Arcachon para enfermos de tuberculosis esperando su última oportunidad de recuperación, comenzó a escribir de nuevo con gran intensidad tras meses de debilidad y tratamiento médico. Era un hombre obsesionado con imágenes y visiones de Latinoamérica; todas aquellas personas a las que él había visto sufrir en sus viajes parecían haberse unido a los fantasmas del pasado para perseguirle. Barrett empezó a sufrir graves hemorragias a finales de noviembre y envió el manuscrito original de la que más tarde se convertiría en su gran obra maestra literaria a Montevideo, a su viejo amigo José A. Peyrot. Decidió llamarlo "El Dolor Paraguayo", porque era su homenaje personal a esas personas heridas por el sufrimiento que él había aprendido a llorar en vida. Escribió en tono agri dulce sobre la vida y la muerte, sobre el amor y el odio, sobre las cuestiones fundamentales en las que, a su entender, se basa la discordia entre los hombres. De este modo, "El Dolor Paraguayo" iba a servir a toda una nación para reflexionar sobre su realidad más cercana. A pesar de que la generación en la que fue escrito lo olvidara rápidamente, generaciones posteriores, y en particular algunos lectores del Cono Sur lo suficientemente afortunados como para haberlo redescubierto, lo utilizarían más adelante para llegar a conocerse mejor a sí mismos, para poder comprender el sufrimiento y la cultura de una nación del ayer y del hoy: la suya propia.

Tal vez la frase más conmovedora del conjunto de ensayos que forman "El Dolor Paraguayo" sea la llamada que hace Barrett en "Horas de Angustia":

"Preparémonos a vivir y a morir sin miedo", (p. 32).

Esa oración resultaría profética para el escritor español. Rafael Barrett murió el 17 de diciembre de 1910 en Arcachon, Francia, lejos del país que le adoptó, vencido por la tuberculosis y paralizado por la morfina y por un angustioso sentimiento de fracaso, perdido y solo en el laberinto de sus pensamientos.

Desde aquí postulamos que una interpretación de las obras de Barrett basada en el tema de la muerte puede proporcionar una explicación bastante plausible de la complicada estructura psicológica que caracteriza a las mismas. No obstante, consideramos que es necesario investigar más sobre este autor. Rafael Barrett puede ser considerado como un paradigma del artista Romántico, una especie de *laudeator temporis acti*, cuyo extraordinario valor en vista de los rápidos acontecimientos en marcha con el cambio de siglo hizo que se ganara la admiración de sus contemporáneos en dos continentes. Su relativamente corta carrera como escritor y sus múltiples viajes le pusieron en contacto con numerosos estilos de vida diferentes no sólo en las grandes capitales de Europa sino también en los lugares más atrasados de Latinoamérica. Dondequiera que fuera era capaz de utilizar el poder de su pluma para llamar la atención sobre su entorno y, de no haber sido por su férrea oposición a los gobiernos establecidos y a

los centros de poder de los países en los que trabajó y vivió, podría haber llevado una cómoda existencia como escritor reconocido en su época y de este modo haber pasado sosegadamente a la historia. Sin embargo, Barrett escogió luchar contra todo y todos los que desde su punto de vista se interponían en el camino de la justicia. El cuestionamiento que Barrett hizo de la lucha de otros, le hizo cuestionarse a sí mismo como hombre, y el conocimiento de su muerte inminente le ayudó a luchar de un modo más instintivo para dejar tras de sí sus pensamientos y sentimientos, en otras palabras, para sobrevivir a su propia muerte. La lucha de Barrett con la conciencia de su propia muerte inminente se ve representada en toda su personalidad, en su filosofía de la vida y en su incesante lucha para crear los medios a través de los cuales pudiera ser una voz audible a pesar de todo tipo de oposición. Barrett se abrazó a la muerte como si fuera una aliada en su causa, ya que fue precisamente ésta la que le proporcionó el deseo de luchar como si no tuviese nada que perder. Barrett encontró en la muerte la integración fundamental de su arte y su incesante búsqueda de justicia. Atrapados en la agonía de una *danse macabre* entre Eros y Tánatos, el amor de Barrett por la humanidad y su última Némesis aún se pueden vislumbrar en los lugares más recónditos de sus obras.